

el dominio. Nuestro imperio es más suave y más ligero, pues consiste en la dulzura, en la resignación y en la conformidad. Sostenga la mujer el blanco estandarte de la paz, y bajo él irán á cobijarse la alegría, el amor y los dulces afectos de la familia.

CAPITULO XV

La bondad y la amabilidad.

I

La bondad se confunde muchas veces con la amabilidad, á pesar de que son dos cualidades esencialmente distintas, aunque igualmente recomendables; ambas son necesarias en la vida, empero la bondad lleva no pocas ventajas á la amabilidad; la bondad nace del corazon, y tiene el privilegio, no sólo de hacer dichosos á los seres á quienes amamos, sino de contribuir á nuestra propia felicidad; la persona que está dotada de verdadera bondad, sufre poco, porque es indulgente. Sin que se fatigue en buscarlas, halla excusas para casi todos los defectos de los seres que la rodean; y es indudable que hay mucha más dulzura en perdonar que en acusar, porque la persona que se cree ofendida, tiene amargado

el corazón, y ya padece sólo por esta causa.

Sin embargo, la bondad tiene ciertos límites, porque, si no, degenera en *debilidad*, cosa fatal siempre, y sobre todo en ciertas circunstancias de la vida. Un padre, una madre, pueden y deben ser bondadosos, pero jamás débiles, porque su debilidad no sólo les hará descender de su sagrado lugar, sino que labrará la desdicha de sus hijos.

Como ya os dije en otro lugar de este libro, lectoras mías, os presentaré ejemplos verdaderos, siempre que me sea posible, en vez de hacer os áridas reflexiones; pues todo cuanto se acerca á lo natural, todo lo que es sencillo, conmueve y persuade más que los argumentos más pomposos. Además, yo escribo este libro para la mujer en general; y aunque vuestro ilustrado entendimiento comprenda todo cuanto yo os diga, sea en los términos que quiera, tal vez caiga en manos de otras personas que por su poco desarrollada inteligencia ó su escasa instrucción, necesiten para distinguir el bien, verle representado en imágenes vivas.

Las que hayais leído la sublime obra de Richardson que lleva por título *Clara Harlowe*, no teneis más que estudiar el carácter de la heroína para conocer la más verdadera, la más bella imagen de la bondad. No obstante, como esta novela está reputada en general como sobradamente difusa y poco entretenida, habrá muchas de vo-

sotras que no hayan tenido ánimo para leerla, y quiero trazas con breves rasgos el carácter de la incomparable Clara.

La hija del Sr. Jaime Harlowe, opulento señor inglés, aunque no de nobleza muy antigua, era á los diez y siete años el modelo más perfecto de su sexo. Dulce como un ángel, casta y poéticamente bella, su belleza y su dulzura estaban, no obstante, llenas de fuego y de expresión, lo que prueba que su bondad emanaba de la excelencia de su corazón y no de las cualidades negativas de su carácter: porque se ven en el mundo muchas personas que pasan por bondadosas porque son impasibles, porque su cabeza está vacía ó su corazón helado, ó porque sus cortos alcances les impiden todo raciocinio, y las libran de toda pena en el presente y de todo temor para el porvenir.

Clara Harlowe era una criatura de esas que aparecen pocas veces en la tierra, ó que la cruzan con paso tan breve y tan ligero que no dejan la más leve huella de él. Unia al más claro y distinguido talento la más rara bondad y la dulzura más exquisita: á la mayor sensibilidad, la más angélica resignación, y su carácter presentaba esa extraña mezcla de suavidad y de energía que en tan pocas mujeres se ve, y que es sin embargo, el bello ideal de nuestro sexo.

Pero la desdichada jóven tenia un padre duro y rigorista, una madre débil y de pocos alcances

una hermana maligna y envidiosa, y un hermano despótico, vulgar y grosero. Clara era un blanco lirio que habia brotado en medio de un enorme zarzal; éste creció y sus ásperas ramas y su maleza, erizada de espinas, ahogaron á la pobre flor y le dieron un doloroso martirio, cuyo término fué el sepulcro.

Para colmo del infortunio de Clara, se enamoró de ella un libertino sin corazon, y al mismo tiempo sus padres se empeñan en casarla, por instigaciones de sus hermanos, con otro ente tan despreciable como despreciado por todos, á pesar de sus grandes riquezas.

La paciencia, la dulzura de Clara durante la desesperada lucha que sostiene con toda su familia, son admirables. Su bondad disculpa siempre á sus padres y á sus hermanos; pero con una firmeza no ménos asombrosa, se resiste á dar hasta la menor esperanza á su odioso pretendiente; en fin, *Lovelace*, el amante libertino, se vale de una estratagema, ayudado de un criado que tiene á su devocion en el palacio de los Harlowes, y roba á Clara de su casa.

La desdichada es conducida á Lóndres, donde creyendo que va á vivir con una señora viuda que tiene dos sobrinas, es condenada á pasar sus dias entre gente que ha perdido enteramente su reputacion. Los ultrajes de su indigno amante, y por último, el conocimiento de lo que son aquellas mujeres, la obligan á huir de aquella casa;

pero es arrestada por supuestas deudas y conducida á una prision.

Ni aún entónces se abate su dignidad ni se altera su dulzura. Cúlpase á sí misma de cuanto padece, y su bondad la obliga á disculpar constantemente á sus padres y á sus hermanos, á pesar de ser ellos la causa de sus infortunios.

Cuando un amigo del perverso *Lovelace*, que no obstante su depravacion se duele de la desgracia y la hermosura de Clara, la saca de la prision, la hija de sir Jaime Harlowe está ya herida de muerte. Tantas penas, tantas angustias, tan malos tratamientos habia sufrido, que una fiebre lenta la consumia y una extrema languidez acababa con su vida; entónces fué conducida á casa de un honrado comerciante, cuya jóven esposa; cariñosa y benéfica criatura, la habia acogido al huir de la fatal casa adonde la habia conducido *Lovelace*; pero ya no habia remedio para la pobre Clara, que se agostaba como una flor sin sol y sin rocío. Continuamente leía una carta de su cruel hermana, en la cual le repetia, palabra por palabra, la terrible maldicion que su padre le habia lanzado al saber su huida con *Lovelace*; y aquella maldicion perseguía siempre á la desdichada jóven, robándole el sosiego de sus dias y el sueño de sus noches.

Vió por fin llegar la muerte sin susto. Desde su entrada en la prision habiase negado constantemente á ver á su indigno amante, á pesar de

todos los medios que éste buscó para que le recibiese. Preparóse á morir, esperando de Dios que su largo martirio podría servir de expiación á la falta de haber abandonado la casa de sus padres, y entró en la agonía con la dulce paz del justo.

Lo que prueba la rara bondad de Clara es que jamás acusó á sus padres por la violencia que querian ejercer al tratar de casarla con un hombre á quien aborrecia, no obstante que este inhumano empeño fué la causa de su huida. Lo que manifiesta su firmeza es que en ninguna de las muchas cartas que les dirigió implorando su perdón y la revocacion del terrible anatema que lanzaron contra ella, se confesó culpable por haber rehusado aquella union, pues sabía que, al hacerlo usaba de un derecho.

Es muy notable la siguiente circunstancia de la vida, ó mejor dicho, de la muerte de Clara. En los últimos dias que estuvo en el mundo ocupó su tiempo en preparar su ataud, eligiendo ella misma en la Biblia las inscripciones que habia de llevar en la tapa, y haciéndole colocar en los pies de su lecho cuando estuvo concluido. Este rasgo de la fortaleza de su alma es más elocuente que cuanto yo pudiera decirlos para elogiarlo!

La pobre Clara muere al fin sin haber conseguido ver á nadie de su familia; excepto á su primo el coronel Morden, que llega para asistir á su agonía, y acompaña su cuerpo al palacio de Harlowe.

En la historia de Clara figura otra jóven amiga suya, miss Ana Howe, bella tambien y virtuosa; pero Richarson, sin duda para hacer resaltar más el sublime tipo de Clara, ha hecho de Ana su contraste, dotándola de un carácter vivaz y atrevido. Efectivamente, el contraste no puede ser más perfecto; pero á pesar de las brillantes dotes del carácter de Ana, cuya base es la generosidad, el interés del lector es todo para Clara, lo que demuestra que la virtud preferente en la mujer, su más irresistible atractivo, son la bondad y la dulzura.

II

Una mujer bondadosa, con un talento muy mediano, tendrá siempre más simpatías en la sociedad que otra de genial áspero, aunque su inteligencia sea muy brillante y privilegiada.

Aun asentaré otra verdad. La mujer de talento y gran penetracion es mirada en la sociedad con prevencion ó con envidia, y tiene que hacerse perdonar *el grave pecado* de poseer dotes intelectuales no comunes, á fuerza de bondad, ó de amabilidad al ménos, porque la amabilidad es la bondad aparente. Una mujer amable recibe siempre sonriendo á sus amigos, se domina, para no manifestarse jamás iracunda, y pone todo su conato en parecer agradable y graciosa en cualquier tiempo y lugar.

Puede decirse que la amabilidad es una parte integrante de la coquetería, una belleza del carácter. La bondad es una prenda del corazón.

¡Feliz la mujer que posea ambas cualidades, pues ella será amada de cuantos la traten! Pero de tener la una ó la otra solamente, vale mil veces más que posea la bondad sincera, que la amabilidad cortés. Porque la bondad únicamente la posee la mujer *buená*; de la amabilidad se sirven muchas perversas criaturas para encubrir graves defectos.

Yo conozco una mujer que es bastante antipática á primera vista, pero cuya seductora amabilidad le conquista el corazón de las personas que empiezan á tratarla.

Esta mujer reúne en su carácter todos los defectos más odiosos, y en su corazón los más infames instintos; pero su amabilidad y dulce cortesía, no se alteran por nada, y recibe con la más encantadora sonrisa hasta á su mayor enemigo. Sin embargo, quien la trata con alguna intimidad ve al fin que es helada, egoísta, y que hace de su amabilidad una especulación, y por consiguiente, abandona su trato poco á poco, ó lo sostiene sólo de una manera superficial.

Estas mujeres se dejan ver pocas veces sin máscara, porque evitan todo trato frecuente, á fin de no descubrir su carácter y de conservar el prestigio que han adquirido en sociedad. La mujer bondadosa, por el contrario, gana con ser tra-

tada, y en gracia de las excelentes cualidades de su corazón, se le perdonan mil leves defectos, é inspira una simpatía viva y duradera.

III

Mujeres hay también, y por fortuna no son muy escasas, en quienes la amabilidad de su trato y la dulzura de sus modales son consecuencias de la bondad de su carácter y de su corazón.

¡Cuán encantadoras son esas mujeres! Sea cualquiera su edad, todas las buscan y las aman. Ni la vejez misma es bastante á destruir el poderoso encanto de su bondad; léjos de eso, ella es la única coquetería que sienta bien á las canas.

En ninguna parte como en Madrid, se halla ese tipo tan encantador; por eso sus mujeres están reputadas como irresistibles. Muchas veces se ve en un palco del Teatro Real á una señora de cabellos plateados y vestida con una elegancia que parece extremada é impropia de su edad á primera vista; pero fijad durante algún tiempo vuestra atención en aquella mujer, y poco á poco iréis olvidando que es anciana, y la gracia de sus modales exquisitamente distinguidos, la benevolencia de su sonrisa, la dulzura de su fisonomía, os cautivarán con una fuerza invencible; y es que aquella dama lleva impreso el carácter de la verdadera bondad, ó que, á lo menos, ha hecho tan

perfecto estudio del modo de aparentar, que nadie puede dudar de la que respira su fisonomía, sus modales, su porte todo.

Esa dama dará bailes probablemente, porque la ancianidad, que une la bondad á la amabilidad, gusta de rodearse de juventud, de alegría y de flores: y si una noche de sarao os fuera posible penetrar en sus deliciosos salones, no podriais dejar de profesarle, al salir, la más viva simpatía, al ver el esmero con que procura complacer á todos, su indulgencia para los jóvenes, su tacto para toda clase de personas.

Por eso esas mujeres tienen su corte, y se ven rodeadas de afectos más sinceros que la juventud misma: porque los afectos más durables son aquellos en los cuales entran por poco las ilusiones y que están basados en las prendas del alma, y en la excelencia de un carácter bueno é indulgente.

Aparte de la clase elevada y aristocrática, en la cual la bondad y amabilidad de la mujer tienen tantas ocasiones de brillar, toda mujer buena y amable halla en su vida, por oscura que sea, medios de hacerse querida por estas admirables prendas en el círculo de sus amigos, y, sobre todo, en el centro de su hogar, que es donde más se deben apreciar las afecciones, donde éstas son más sinceras y durables.

Pero de la bondad excesiva á la debilidad, y hasta á la bajeza, la pendiente es tan resbaladiza, que la mujer puede bajarla, sin sentirlo; y

nada trae tantos dolores, como una imprudente debilidad.

Entre los infinitos privilegios del hombre, se cuenta el de poder ostentar esa bondad fuerte, que es la más bella, la que más atractivos ejerce. Un hombre, que reúne á un valor á toda prueba, una dulce é indulgente bondad, es la obra más admirable de Dios, porque ha unido en una misma naturaleza la prenda más heroica del sexo fuerte, con la más dulce del sexo débil.

La mujer debe ser bondadosa con dignidad. Sólo así puede considerársela como la obra más hermosa de la creación, porque reúne á lo magestuoso de la virtud, lo suave y dulcísimo de la indulgencia.

Enriqueta de Inglaterra, hija del desventurado Carlos I, de quien os hablé en mi capítulo anterior, hermana de Carlos II, el monarca ingrato y voluptuoso, á quien nunca pudo amar el severo pueblo inglés, y esposa del duque de Orleans, era la mujer más amable de su tiempo, *la más adorable la más adorada*, como dice Bossuet.

Sin embargo, Enriqueta, lejos de ser bondadosa, dió pruebas inequívocas de una gran perversidad de corazón. Sus amores con el rey Luis XIV, su cuñado, fueron, no el escándalo de la Francia, porque la Francia de aquel tiempo no se escandalizaba de nada, pero sí el tormento de la buena, de la dulce, de la angelical María Teresa, princesa sin ventura á quien arrancaron del

palacio de nuestros reyes, para que fuese á morir de dolor en el tálamo del rey de Francia. Si Felipe IV de España hubiera podido prever que la princesa de Inglaterra habia de ir á Francia, jamás hubiera concedido á su hija en matrimonio á Luis XIV.

El coquetismo de Enriqueta estribaba, más que en su belleza, que era muy mediana, en su amabilidad; pero sabido es que las mujeres muy bellas jamás han inspirado pasiones violentas, y que aquellas cuya hermosura ha sido insignificante ó ninguna, han hecho nacer amores frenéticos que muchas veces han ido más allá de la tumba.

“La duquesa de Orleans—dicen los historiadores de aquel tiempo—no era hermosa, ni aún linda: de pequeña estatura, su excesiva delgadez le impedía ostentar perfeccion alguna en su persona: era pálida y trigueña: tenia la boca grande, la nariz levantada, los ojos garzos y rasgados; sus soberbios cabellos rubios la envolvian como un manto de seda cuando estaba en el tocador, y por eso señalaba esta hora para recibir á todos aquellos á quienes queria atar al carro de sus triunfos.”

Esta princesa hizo infinitas víctimas con su amabilidad y dulzura, encendiendo pasiones que ocasionaron la desdicha de muchas jóvenes amantes y sencillas, de muchas esposas tiernas y ejemplares; en cambio, jamás enjugó las lágrimas de

una mujer infeliz. Por eso, toda la juventud guerrera y cortesana de Francia, adoraba á la duquesa de Orleans y llevaba sus colores: pero ni una madre ni una esposa la bendecia al verla.

Cuando la reina María Teresa salia con una de sus damas á dar un paseo solitario, las mujeres seguian su carroza y la llamaban su ángel. Es verdad que ningun hombre miraba á aquella jóven, silenciosa y triste; que ninguno reparaba en la hermosura de sus ojos azules, siempre empañados por el llanto; en las gracias de aquel lindo rostro siempre pálido; pero las bendiciones de las ancianas y de los niños á quienes socorria llegaban en coro al trono de Dios.

Por eso Enriqueta murió por los estragos de un veneno, administrado por los celos ó por la ambicion; María Teresa murió, porque Dios la llamó á sí, creyendo al mundo indigno de poseerla, y murió sonriendo, y en brazos de su antes tan ingrato esposo; y Luis XIV se apartó del cadáver deshecho en llanto y dejando escapar estas palabras, que pintaban fielmente la amargura de sus remordimientos.

—¡Su muerte es el primer dolor que me ha causado!

La bondad de María Teresa era magestuosa y digna. Jamás le oyó nadie quejarse del abandono en que su esposo la tenia, ni de los extravíos de éste.

Preguntándole su confesor, cercana ya á mo-

rir, si no habia amado á otro hombre que á Luis XIV, ó si en la corte de España habia llamado alguno su atencion, contestó con tanta naturalidad como dulzura:

—¿Cómo habia de amar á ningun hombre en España, si no habia en ella más rey que mi padre?

Esta respuesta retrata mejor que nada su carácter verdaderamente angusto, pero endulzado por la más exquisita bondad.

Concluiré este capítulo encargandoos, lectoras mias, que no confundais la *amabilidad* con la *bondad*. La primera es casi siempre exterior. La segunda nace del corazon y de la belleza y dulzura de los sentimientos.

La amabilidad es la apariencia de la bondad cuando ésta no existe; por consiguiente, puede decirse que es un tributo que se le rinde. La amabilidad conquista homenajes y admiracion, pero sólo la bondad conquista afectos. Si quereis no obstante, ser amadas y admiradas, procurad reunir á la bondad, á esa angélica prenda del alma, la amabilidad, esa hechicera coquetería de la buena educacion, ese encanto que es una de las pocas cosas útiles que enseña el trato del mundo.

CAPÍTULO XVI

La reserva y el disimulo.

I

La reserva y el disimulo son dos cosas muy distintas, y como la vanidad con el orgullo, y la bondad con la amabilidad, se confunden á primera vista produciendo siempre efectos muy funestos.

¡Cuántas mujeres hay que son buenas en el fondo, y ya sea por no saber distinguir lo verdadero de lo falso, ó bien porque jamás han dedicado un breve espacio de tiempo á la reflexion, caen en faltas cuya existencia ignoran, exponiéndose á la despiadada censura del mundo!

Más de un ejemplar é irreprochable criatura es juzgada ligera é inhumanamente por la ciega y maligna sociedad, mientras que muchas, que realmente son muy culpables, pasan con la fren-